

En la isla de Cunabula, aproximadamente dos horas antes del inicio del día de purificación del sol, una leoponi en armadura ligera observaba, desde la cima más alta de la isla, los preparativos para celebrar la fecha más importante del año.

Se trataba de Dana de Cunabula, la hermana menor del Rey Dal y ostentaba el título de 'Primado' de la 'Cofradía del Templo'. Como Primado, a ella le correspondía acompañar al Gran Patriarca durante toda la Gran Procesión, estar presente en el discurso de mediodía del Rey y dirigir el discurso de clausura, entre otras tareas.

Apesar de la sobrecarga de deberes que tenía, ninguna de estas responsabilidades le causaban desánimo, todo lo contrario, le proporcionaban un verdadero sentido de propósito y plenitud. Dana amaba su trabajo, amaba Cunabula e incluso desde que era una cachorra, había esperado siempre con una sonrisa este día especial.

Sin embargo, en esta ocasión, la situación que vivía era tensa. Se había anunciado un evento extraordinario que no ocurría desde hace más de mil años: la llegada oficial de un extranjero a Cunabula.

El Rey, el Consejo y la población en general, incluyendo a Dana misma, recibieron la noticia con sorpresa y temor. Y no era para menos, el Gran Patriarca fue quien hizo el anuncio en una reunión de emergencia del Consejo un día antes, sin dar más explicaciones.

Nadie en la isla sabía quién era el extranjero ni por qué sería recibido. Solo un grupo selecto de individuos, entre ellos el Gran Patriarca y el Rey, conocían la identidad del forastero.

Sin embargo, lo más crucial no era descubrir la identidad del extranjero, sino comprender el propósito de su llegada.

Dana cerró los ojos y pronunció una oración por el reino. Era todo lo que podía hacer en ese momento, aferrándose aún a la débil esperanza de que todo saldría bien...

"Disculpe, Primado Dana. Los preparativos para la ceremonia de bienvenida están completos", habló de pronto alguien a sus espaldas. Dana se dio la vuelta y vio a uno de sus compañeros de la 'Cofradía del Templo', inclinado en una postura de reverencia. Dana suspiró en silencio; habían interrumpido su rezo, pero no se lo tomó a mal, ya que le había ordenado antes que la informara de inmediato cuando todo estuviera listo.

"Acompáñame. Revisaré el trabajo que has preparado", respondió Dana en un tono solemne. Sin perder un segundo más, ambos se dirigieron hacia el templo.

Frente al gran templo del Árbol de la Armonía, una pequeña multitud de miembros de la 'Hermandad de Caballería' y de la 'Cofradía del Templo' se había congregado. Los miembros de la 'Hermandad de Caballería' se habían dividido en seis pelotones de seis integrantes cada uno, formados en tres grupos a ambos lados de la alfombra de bienvenida. Cada pelotón representaba una de las seis casas principales de Cunabula: la Casa Draco Dragon, la Casa Quetzalkan, la Casa Urutaú, la Casa Ofiotauro, la Casa Akhtubut Qirshin y, por último, la Casa Leopony. Además, había soldados regulares en el perímetro del templo y un reducido número de miembros de la 'Cofradía del Templo' esperando al otro lado de la alfombra de bienvenida.

Dana repasó rápidamente las formaciones. En su camino, se detuvo un par de veces para evaluar la disciplina de los soldados, la limpieza del lugar, la iluminación y las decoraciones. Finalmente, ascendió los escalones más altos del templo y asintió satisfecha.

"Buen trabajo. Eso es todo por ahora. Puedes regresar a tus tareas asignadas", expresó Dana con satisfacción.

"Muchas gracias", respondió el asistente Leoponi. Se inclinó respetuosamente y se retiró con prisa de su presencia.

Desde el pórtico del templo, Dana observaba detenidamente a todos los presentes que se encontraban frente a ella, al mismo tiempo que la multitud la observaba con atención, esperando sus órdenes.

Dana suspiró, sintiéndose poco sincera. No estaba segura de si había hecho un "buen trabajo" al preparar la bienvenida al extranjero. Esa tarde, buscó en los libros de historia de la gran biblioteca cómo se había llevado a cabo el último evento de bienvenida, pero solo encontró algunas referencias sobre las decoraciones y los atuendos que se debían utilizar. Todo le pareció demasiado "festivo" para la ocasión, así que decidió dejarlo de lado. Pidió a uno de los miembros de la cofradía asignados a la "Gran Procesión" que la ayudara con las formaciones, mientras ella se encargaba de las invitaciones y los decorados. El resultado final parecía ser lo más adecuado para ese momento.

Por otro lado, el pintor al que había solicitado ya estaba preparando los cuadros para la memoria histórica de la nación, de modo que en el futuro, los encargados de dar bienvenidas tendrían una referencia más tangible.

"El futuro", pensó Dana, deteniéndose en esa palabra. Una vez más, la sensación de oscuridad y silencio la envolvió.

"Silencio... ¡Demasiado silencio!", exclamó Dana, alertada por un sentido de peligro. Los soldados, caballeros y acólitos del templo también percibieron el cambio en el ambiente.

Dana se giró y dirigió su mirada hacia el templo. La luz que siempre emanaba de él había desaparecido. El aire mismo parecía tenso, como si estuviera a punto de estallar. El momento había llegado.

"Mantengan sus posiciones. Sigán las órdenes que han recibido. Todos ustedes son el orgullo de Cunabula, ¡ demuéstrenlo esta noche!" rugió Dana, y su clamor fue respondido por la emoción de todos los presentes.

En respuesta a sus palabras, hubo una explosión de luz proveniente del templo. Este se incendió en llamas multicolores y un rayo arcoíris se disparó hacia el cielo. Pronto, todo el firmamento comenzó a titilar, revelando la cúpula invisible que cubría toda la isla.

Las puertas del templo comenzaron a abrirse y Dana se inclinó en señal de respeto. Siete trompetas comenzaron a sonar sucesivamente mientras los estandartes de la hermandad de caballeros y la 'Cofradía del Templo' se alzaban majestuosamente.

Finalmente, las puertas del templo se abrieron por completo, revelando dos figuras que avanzaban hacia Dana. Una de ellas era el Gran Patriarca, reconocido por su autoridad y sabiduría. La otra figura, envuelta en misterio y oculta bajo una túnica negra, era el Emisario de Medianoche.

"Levántate, hija de Cunabula", resonó la voz magnánima del Gran Patriarca.

Dana obedeció, encontrándose cara a cara con su maestro, y a su lado, el enigmático visitante.

"Emisario de Medianoche", este era el título que se le otorgaba al extranjero que visitaría Cunabula, pero Dana conocía su identidad real y sabía que había realizado visitas "no oficiales" en el pasado. Al igual que en esas visitas anteriores, ocultaba su figura bajo la túnica negra completa. La única diferencia que notó en esta ocasión fue el broche de tres estrellas que adornaba su atuendo.

Siguiendo el protocolo establecido, Dana habló solemnemente: "Gran Patriarca, Emisario de Medianoche, en nombre del reino bienaventurado de Cunabula, les doy la más cordial bienvenida. Como Primado de la Orden del Templo de la Armonía, seré su guía en esta ocasión".

"Te agradezco, Primado Dana", respondió el Gran Patriarca con gratitud.

"Te agradezco, Dana", agregó la voz musical del Emisario con un matiz de seriedad. "Sin embargo, en este momento no será necesario. Permaneceré en el templo hasta ser convocado para transmitir mi mensaje ante el concilio de Cunabula. El Gran Patriarca te informará de los detalles adicionales", concluyó de manera brusca y sin despedirse, retirándose rápidamente al interior del templo.

Dana se sintió sorprendida y molesta por la actitud arrogante del Emisario. Además, el templo era el lugar más sagrado del reino, y que un extranjero lo tratara como si fuera de su propiedad resultaba ofensivo. Sin embargo, se trataba de 'ella', y no le quedaba más opción que aceptarlo.

"¿Qué significa todo esto, Gran Patriarca?" preguntó Dana seriamente a su maestro.

"Dana, en este momento necesito reunirme con el rey y el concilio. Acompáñame, te explicaré la situación en el camino", respondió el Gran Patriarca con un tono de cansancio y aflicción que pocas veces había mostrado. Dana entendió que no debía hacer más preguntas y comenzó a avanzar junto a su maestro por el camino que descendía hacia la ciudad.